

# Capítulo Cuatro

Uno tiene que ser  
sacrificado para  
salvar a cien

ΛΡΞΘΓΑΔΤ

Συντηρησις τοῦ λαοῦ τοῦ Θεοῦ  
Μακαριστατιστικαὶ ἀναγραφαὶ

En esta era, las Amazonas eran consideradas combatientes especializadas. Siempre habían favorecido los conflictos, especialmente con los hombres, pero con la llegada de monstruos que corrían desenfrenados en la era actual, tuvieron que adaptar su estilo de combate. En otras palabras, tuvieron que pasar de pelear a matar. De lo contrario, no podrían proteger a los hombres.

Para las Amazonas, que solo podían dar a luz a niñas debido a sus raras características raciales, los hombres de otras razas eran fuentes invaluable de prole y tesoros. Mientras muchos elfos, que poseían un fuerte sentido de parentesco y elitismo, se aislaban en sus aldeas para preservarse, las Amazonas no podían lograr la prosperidad, mucho menos dejar su linaje por sí solas. La extinción de otras razas sería una cuestión de vida o muerte para ellas. Incluso si protegían a su raza, se extinguirían inevitablemente si los hombres desaparecían.

Por lo tanto, al llegar a la adultez, abandonaban sus asentamientos tribales y principalmente servían como guardaespaldas para personas comunes carentes de fuerza excepcional. Solo pedían una noche, necesitaban matanza, y su tarea era la «protección absoluta» de los hombres que protegían. En otras palabras, la táctica requerida no era solo luchar contra hombres fuertes, sino protegerlos, una estrategia de exterminio completo de monstruos, marcada por la «ofensiva preventiva».

Sus movimientos de combate, parecidos a una danza, se convertían en guadañas que cortaban los cuerpos de los monstruos. Su combate cuerpo a cuerpo evolucionó en combate cercano usando armas para desmembrar a los monstruos. Al igual que otras razas, las Amazonas se enfocaban en cuán eficientemente podían destruir monstruos. La diferencia era que encarnaban la frase «la mejor defensa es un buen ataque» más que cualquier otra cosa.

Aunque la costumbre de secuestrar hombres y arrastrarlos a sus camas no podía ser erradicada por completo, disminuyó. En su lugar, llevaban una mayor resolución para masacrar monstruos que cualquier otra raza. En consecuencia, las Amazonas, impulsadas por su espíritu de lucha, tendían a apuntar a golpes fatales para arrancar las entrañas de los monstruos.

Sin embargo, la mujer ante él era diferente, incluso entre tales guerreras. El estilo de combate que Elmina demostraba no era manzanza sino «asesinato».

—.....¿?!

Una pelea frontal. En ese caso, el plan de Argonauta era exponer deliberadamente una debilidad, atraer al enemigo con un cebo y vencerlos con una «táctica» bien calculada. Pero Elmina, que desapareció silenciosamente a una velocidad casi creando imágenes residuales, no se dirigió directamente hacia él sino más bien por encima de él. Sus extremidades se flexionaron, como si estuviera realizando una danza.

Cuando un pie descalzo escalofriantemente hermoso se estiró hacia el cielo, su cuerpo invertido con la cabeza hacia el suelo, ejecutando un «asesinato» completo desde detrás del joven; un golpe mortal inesperado como el ataque sorpresa de un segador.

Apuntó al punto vital absoluto.

—¿¡Ahora qué!? —El movimiento de Argonauta, que apenas logró limitar el brillo asesino de la hoja que buscaba no solo cortar su arteria carótida sino también sus vértebras cervicales a solo cortar su piel, fue encomiable. Pero eso fue todo lo que pudo hacer.

La mujer giró su cuerpo y aterrizó silenciosamente, sus extremidades moviéndose con la agilidad de un leopardo. En el siguiente instante, lanzó una patada con la fuerza de un martillo pilón.

—¿Gaaah?!

—¡Ar!

Fue arrojado lejos. Fue más que espectacular, rozando lo brutal. Mientras el grito de Aria resonaba, el cuerpo del humano chocó contra una pila de barriles y cajas de madera, llenando el aire con el sonido de la madera astillándose.

—...¿Lo evadió? Pero fue inútil. —Sin sentir resistencia a través de su pierna, Elmina entrecerró los ojos ligeramente. Normalmente, su patada tenía suficiente poder destructivo para destrozarse fá-

cilmente el cuerpo de un humano. La única razón por la que Argonauta mantuvo su forma fue que se había impulsado del suelo con un pie y se había lanzado hacia atrás para reducir el impacto.

Tosiendo de manera desgarradora, con arcadas y tambaleándose, el hombre humano aún logró ponerse de pie. La amazona sin emociones le habló.

—Nunca te convertirás en el «héroe» de la princesa.

—¡.....! —Más que el daño físico, las palabras de la mujer cortaron a Argonauta—. Pensé que eras una «candidata a héroe», pero... ¡pensar que eras un guerrero de la capital! Al igual que la adivina que acabo de conocer, esta ciudad parece tener una fuerte conexión con las Amazonas... —A pesar de sus palabras, Argonauta trató de mantener una sonrisa torcida, sin querer dejarse sacudir.

La expresión de Elmina permaneció inalterada. En su lugar, quien habló fue Aria, más pálida que nadie.

—Elmina Garof... la hermana de la adivina Olna. ¡Y la Berserker exiliada de la nación guerrera de las Amazonas! ¡Don Ar, no debes pelear con ella!

—¡!

—¡Elmina es tanto la asesina del rey como la guerrera más temible de la capital!

Al escuchar la advertencia de Aria, incluso el semblante de Argonauta cambió drásticamente.

Lo que no podía ignorar era la palabra «nación guerrera».

—¿Qué demonios...? ¿Ella es de la tierra santa de las Amazonas? ¿Y fue exiliada? ¿Qué demonios hiciste, mi hermosa dama?

La Nación Guerrera era un santuario para las Amazonas, ubicado en una península remota del continente. A diferencia de los asentamientos compuestos por varias razas, era lo suficientemente grande como para llamarse una «nación», y lo que la hacía particularmente única era el «combate mortal»: un ritual entre guerreras.

Cuando Argonauta preguntó sobre el nombre de esta aterradora tierra santa, donde las guerreras luchaban entre sí bajo el impulso de sus instintos de combate para reclamar el título de «verdadera guerrera», Elmina respondió breve e indiferentemente.

—Maté a demasiadas... eso es todo.

—¡.....!

A Argonauta se le heló la espalda con su fría respuesta. Era simple. La mujer ante él era una anomalía incluso entre las Amazonas, alguien cuyo nivel de comprensión de las artes marciales estaba más allá del alcance de un simple payaso.

Con ojos que no reflejaban luz, Elmina habló:

—Muere tú también, payaso. —Su cuerpo voluptuoso se preparó para bailar la danza de la muerte una vez más. Argonauta no pudo reaccionar ante su ataque repentino. Sin ningún movimiento preparatorio, su cuerpo pareció desaparecer, repitiendo la escena del primer ataque. En ese momento...

—...«Responde al contrato, llama de la tierra. Quema la violencia por mi mandato».

Un encantamiento se escuchó alto.

—¡«Bengala Ardiente»!

Una llama escarlata estalló, dirigiéndose hacia Elmina.

—¿Qué? —La breve sorpresa de la guerrera se convirtió inmediatamente en una acción evasiva. Abortó el asesinato que estaba a punto de ejecutar y se retiró de la emboscada perfecta.

—¡.....! ¡Princesa, por aquí!

Mientras Elmina se retiraba, Argonauta actuó como si hubiera predicho todo. Agarrando la mano de Aria, huyó en la dirección opuesta de donde la amazona se había retirado, adentrándose más en los laberintos de los callejones.

—Las llamas han bloqueado el camino... qué astutos. —Elmina maldijo sin expresión ante el rugiente muro de llamas. Pronto, aparecieron soldados que habían escuchado el alboroto.

—¿Qué fue esa explosión...? La-Lady Elmina...

—La princesa escapó por aquí. Rodeen la zona y arrincónenla.

El capitán, que había alzado la voz al llegar, notó a Elmina y habló con una voz asustada desde dentro de su armadura. Ignorándolo a él y a los soldados, Elmina dio su orden, y el capitán obedeció sin vacilar. Dejó a algunos soldados para encargarse del fuego y dispersó al resto en los callejones siguiendo las indicaciones de Elmina.

La amazona, echándoles un vistazo, también se desvaneció en el crepúsculo que se acercaba, mezclándose con el anochecer para perseguir a Argonauta y los demás.

—¡Hermano!

Mientras los perseguidores comenzaban su acción, fue Feena, llevando una tabla, quien alcanzó a Argonauta primero.

—Ah, me salvaste... ¿Cómo me encontraste, Feena?

—¿Cuánto tiempo crees que he sido tu hermana? ¡Te hiciste destacar a propósito y atrajiste a la gente del norte y del este hacia el «oeste»! ¡El único lugar al que podías ir era al «sur»!

Apoyándose contra la pared, Argonauta esbozó una débil sonrisa a su hermana, quien lo entendía perfectamente.

—Como era de esperar de mi hermana... ¡ugh...!

—¡.....! ...¡Déjame ver tus heridas! ¡Te curaré!

Aunque Feena tenía una idea de dónde podría estar su hermano, no comprendía completamente la situación. Se acercó a él, desconcertada por el alboroto, pero al verlo sosteniendo su herida, levantó su bastón. Comenzó a recitar un hechizo diferente al que usó para invocar las llamas anteriormente.

—«Responde al contrato, mar sagrado. Sana las heridas por mi mandato: ¡Luz Sanadora! —Mientras hablaba, se activó la «magia de curación».

Una luz azul envolvió el cuerpo de Argonauta, y en un momento, el corte en su cuello y los moretones que se extendían bajo su ropa desaparecieron completamente.

—¡Las heridas...!

Aria, que observaba cerca, estaba comprensiblemente asombrada. El conocimiento y los fracasos repetidos por accidentes mágicos de generaciones anteriores habían sistematizado los hechizos de las razas que manejaban magia hoy en día. Aunque era posible aprender y usar múltiples tipos de magia, como fuego o viento, usarlos de manera fluida era otra cosa. Feena, una semielfa, al poder activar tales hechizos en combate real, demostraba su talento excepcional.

—...Gracias, Feena. Me has salvado de nuevo.

—Ni lo menciones. No es la primera vez. Más importante... Entonces, ¿esta persona es la princesa?

Argonauta, que había sido salvado por el talento de su hermana en numerosas ocasiones, cerró y abrió ligeramente su mano para comprobar su condición, luego expresó su gratitud sin rodeos. Feena sacudió la cabeza y miró de reojo.

Basándose en la palabra «princesa» que Argonauta había pronunciado mientras escapaba de Elmina, infirió la identidad de la chica rubia. Aria solo pudo bajar la mirada y responder con un asentimiento silencioso.

—¡Se supone que debíamos escoltar a la princesa de regreso al castillo real, pero has convertido a los soldados en enemigos y terminaste herido! ¡¿En qué estabas pensando, hermano?!

Feena, con su razonamiento lógico, presionó aún más a Argonauta. Él miró a su alrededor con cautela y habló con seriedad.

—Feena... Quiero ayudarla a escapar de la capital.

—¿Qué...?



—Y si eso no es posible, quiero esconderla en algún lugar.

Feena estaba tan sorprendida que no pudo evitar alzar la voz.

—¡Eso... eso es imprudente! ¡¿Te das cuenta de cuántos soldados han sido movilizados?!

La protesta de Feena era completamente razonable. El plan de Argonauta para desviar la atención hacia el oeste de la ciudad ya se estaba desmoronando. Ahora que se sabía que la princesa estaba en esta área, los soldados se reunirían en masa. Era una situación demasiado difícil para que solo los tres la manejaran.

Sobre todo, Feena estaba cada vez más desconcertada al ver a Argonauta, dispuesto a desafiar las órdenes del rey como «candidato a héroe» y renunciar a su tan ansiado boleto para convertirse en «Héroe».

—¿¡Por qué ir tan lejos por alguien que acabas de conocer...!?

—No conozco las circunstancias de la princesa. ¡Pero sí que ella ha escapado del «destino» por su cuenta! —Argonauta respondió apasionadamente al «por qué» de Feena—. ¡Si ella no puede sonreír, entonces no debería ser devuelta al castillo!

—¡!

El joven sonrió al ver los ojos de la chica observada.

—Es lo mismo que antes, Feena. No puedo abandonar a alguien que está sufriendo. No puedo estar satisfecho a menos que vea su sonrisa.

—.....

Eso era algo que solo los hermanos podían entender.

Con una sonrisa gentil y genuina de hermano, Argonauta hizo que Feena se mordiera el labio con fuerza. Su expresión era similar a la de la tristeza.

Como si superpusiera el presente con el «pasado», la chica medioelfa luchaba internamente, sin poder decir nada.



—Ar... yo... —Viendo el perfil dolorido de Feena, Aria no pudo evitar intentar intervenir.

—¡Por favor, no digas nada, Princesa! ¡Deja todo en manos de Argonauta!

Pero el payaso no la dejaría hablar.

Con una sonrisa excesivamente brillante y fuera de lugar, tiró el guion lleno de líneas de una tragedia aburrida.

—¡Te salvaré, a ti, que estás asustada y triste!

—.....Ar. —Al ver al joven así, Aria no pudo seguir hablando. Su deseo de no convertirse en una carga quedó en segundo plano. Más que nada, la leve esperanza de que realmente pudiera escapar del «destino» sacudió el corazón de la frágil chica.

Las dos chicas vacilaron, pero la situación no esperó por ellas.

El agudo sonido de un silbato atravesó a Argonauta y los demás.

—¡¿Un silbato de advertencia?! ¡Entonces nos han avistado los soldados!

—¡Tomaremos el camino trasero! ¡Feena, échame una mano!

—¡Oh, vamos! ¡Ya no me importa! —Feena siguió a Argonauta, quien corría con la mano de Aria en la suya, sintiéndose desesperada.

Los soldados perseguían a Argonauta y los demás sin descanso, como perros. El silbato de advertencia continuaba incesante, e incluso dispararon flechas. Feena se estremeció cuando una flecha rozó su oreja puntiaguda, dándose cuenta de que ya no había vuelta atrás.

—¡Sigán adelante! —Le instó a Argonauta y su compañera mientras ella se quedaba en la retaguardia.

Recitando rápidamente su magia, lanzó un hechizo, mirando hacia atrás para calcular con precisión la distancia entre ellos y los soldados. Girando su torso, levantó su bastón como si fuera a disparar desde a caballo y desató su magia.

Los soldados quedaron impactados e incapaces de reaccionar a tiempo ante la rápida ejecución mágica, convirtiéndose en presas de unas flechas de trueno.

—¿¡Waaargh!?

—Ah, incluso atacamos a soldados de la capital... ¡Ya no somos «héroes», hermano, ya somos «criminales buscados»!

¡*Boom!* Feena no pudo evitar gritar cuando sonó la explosión detrás de ellos, sintiendo ganas de llorar. Ya sea que Argonauta supiera o no de su tormento interior, él continuó huyendo, gritando de regreso.

—¡Feena, no pienses demasiado! ¡Siente más por la princesa Aria que por cualquier otra cosa!

—¿Eh?

—Tal vez no tuviste tiempo para verla bien antes, ¡pero mira de nuevo la cara de la princesa! ¡Es la más linda del mundo!

Feena, que terminó por alcanzarlos, corrió junto a su hermano y la chica de cabello dorado mientras estos iban tomados de las manos. Por unos segundos, sus miradas se encontraron: la piel ligeramente sonrojada de Aria, húmeda por el sudor del esfuerzo, y la mirada de Feena.

—Qué-qué hermosa...

—¿Eh?

Eran verdaderamente un par de hermanos.

—Fwaah... wooow... qué preciosidad~. ¿Puedo llamarte «hermana mayor» a partir de ahora?

—¿Eh...?

Feena se sonrojó y habló tonterías, y Aria, medio olvidando la situación, retrocedió, como lo hizo antes con el hermano de Feena. Por cierto, desde la perspectiva de Aria, Feena era en realidad mayor.

Viendo que Feena la miraba con los mismos ojos que su hermano, ella de repente sacudió su hombro.

—...¡¡Digo, no es por eso!! ¡Entendido, te ayudaré también, señorita Aria! ¡Hagamos que mueran por mi amor también!

—¡Jajajaja! ¡Parece que los hermanos tienen gustos similares después de todo! ¡Es amor!

*Estos hermanos son raros...* Al recuperar su compostura, Aria no pudo evitar distanciarse emocionalmente del comportamiento extraño de la hermana.

—¡No te le acerques más, hermano! ¡Ensuciarás a la señorita Aria!

—¿¡No crees que eso es un poco exagerado!?

Con una acusación repentina de ser sucio por parte de Feena, Argonauta gritó y apresuró su paso.

El drama de fuga continuaba.

La ciudad capital estaba envuelta en la oscuridad de la noche, y a medida que los alrededores se volvían más oscuros, los sonidos de silbatos, botas marchando, llamas o rugidos atronadores se entrelazaban y reverberaban. En el distrito central de la ciudad castillo, los residentes en las calles principales, a pesar de ser tranquilizados por los soldados de que no era una invasión, no podían ocultar su ansiedad por lo que estaba sucediendo. Ante sus miradas, más soldados del palacio real avanzaban hacia el distrito sur.

—¡No vacilen! ¡Sigán adelante! ¡Son solo dos personas resistiéndose!

Aunque no era tan intenso como un campo de batalla, con explosiones resonando en medio del caos, la voz del oficial al mando que dirigía las tropas resonaba repetidamente.

—¡Aplástenlos con nuestros números! ¡Capturen a la princesa cueste lo que cueste!

Los soldados levantaban sus voces con breves gritos de guerra, haciendo sonar sus armaduras.

Atacaban a los humanos que actuaban como señuelos sin darse cuenta con hojas relucientes, y mientras eran empujados por los hechizos lanzados por la semielfa que no dudaba en usar la magia, avanzaban con antorchas en mano, acorralando a la princesa y sus «secuestradores».

—¡Son demasiados...! ¡No importa cuántos hagamos retroceder, los enemigos siguen viniendo, Hermano!

—¡Lo sé! Piensa, tengo que pensar...

Argonauta respondió a la impaciente Feena mientras detenía sus pasos, sumergiéndose en profundos pensamientos.

Escondidos en las sombras, Argonauta y los demás, que no llevaban antorchas, quedaron fuera de la vista de los soldados. Por el contrario, habiendo vivido frugalmente sin encender hogueras durante años, los hermanos se habían adaptado a ver en la oscuridad.

No había suficientes fuentes de luz en los callejones desiertos, y aunque tenue, la luz de las estrellas se podía ver en lugar de la luna oculta por las nubes. Era casi demasiado brillante para Argonauta y Feena. Los dos evaluaron con precisión las posiciones de ellos mismos y sus enemigos, agachándose con Aria, tratando de calmar sus respiraciones agitadas.

—El enemigo definitivamente establecerá un bloqueo. Planea rodearnos en cada distrito. Entonces, ¿hay una salida? ¿Hay una forma de salir? —Desde el espacio entre la mano de Argonauta cubriendo su boca, soliloquios inconscientes llenos de impaciencia, cálculos y pensamientos se filtraron.

La desventaja numérica era innegable.

Si solo estuvieran huyendo, Argonauta y Feena podrían haberlo logrado.

Pero con Aria, eso era difícil.

Prediciendo las estrategias que los soldados y Elmina podrían emplear y buscando cualquier abertura.

—¿Y si usamos un señuelo o una trampa, o deberíamos dividirnos en dos y causar confusión? Si podemos señalar incluso un rincón del bloqueo que se esté adelgazando, podría haber una oportunidad de abriarnos paso...

—.....¿Por qué? —Mirando intensamente el perfil del joven sudoroso frente a ella, Aria no pudo evitar preguntar—. ¿Por qué, Ar? ¿Por qué irías a tales extremos, incluso al punto de lastimarte, por mí...

Era una extensión de la pregunta que Feena había hecho antes.

Se habían conocido menos de un día atrás.

Apenas sabían algo el uno del otro. Aria incluso había ocultado su verdadera identidad.

Entonces, ¿por qué iría a tales extremos?

—No querías convertirte en un «héroe»? Si solo me hubieras entregado, podrías haber obtenido ese título...

—Es que no he visto tu verdadera sonrisa todavía.

Al ver la sonrisa del joven, Aria quedó sin palabras.

—Si no puedo hacer sonreír a una sola chica, entonces no hay forma de que pueda hacerme llamar «héroe», ¿verdad?

Justo cuando parecía que iba a sonreír, la sonrisa desapareció y comenzó a comportarse cómicamente de la manera habitual.

Aria le preguntó a Argonauta.

—¿No es lo contrario? ¿Sacrificar uno para salvar a cien y ganar la gloria de ser un «Héroe»?

—¡Esa es una forma de pensar! ¡Pero el héroe al que aspiro a ser no es así!

La determinación de Argonauta no vaciló.

Su visión de un héroe permaneció firme.

—¡Primero es uno! ¡Logra eso, y solo entonces puedes pensar en diez! Sacrificar uno para salvar cien... Seguramente, no será lo mismo.

Por un momento, Argonauta mostró una expresión dolorida, pero rápidamente la reorganizó en una sonrisa.

—¡Entiendo que suene idealista! ¡Pero creo que el uno salvado eventualmente se convertirá en cien!

—El uno salvado... convirtiéndose en cien... —Aria abrió los ojos ampliamente al recibir las palabras de Argonauta.

Rastreándolas en sus labios como si las estuviera reflexionando, las dejó hundirse en su corazón.

Mientras tanto, los pasos de los soldados se acercaban peligrosamente.

—¡Hermano, los perseguidores se acercan!

—¡Cierto, vamos!

Feena anunció el Final de su breve respiro, y Argonauta asintió en acuerdo.

Mientras se daban la vuelta, Aria miró hacia atrás el rostro del joven que le tendía la mano.

—..... —Entonces, la tomó, apretándola de vuelta, y corrió hacia adelante, ocultando su determinación.



El sonido de la magia resonaba desde la ciudad castillo.

Bajo la cubierta de la oscuridad, los soldados del castillo real se movían frenéticamente, iluminados por las luces titilantes de la ciudad castillo.

—...¿Qué está pasando? Puedo escuchar sonidos inquietantes que vienen de la ciudad castillo.

En medio de esto, una chica detuvo a un soldado en el corredor del castillo real.

Con la piel bronceada y largos cabellos negros, era la adivina, vestida con ropas que recordaban a una sacerdotisa o doncella de santuario.

—¡Lady Olna! ¡Parece que algunos de los «Candidatos a Héroe» están desafiando las órdenes del rey!

El soldado, detenido en su camino por la adivina huésped del palacio, transmitió respetuosamente la información.

—¡Pero por favor, esté tranquila! Lady Elmina y los más fuertes soldados de la capital real están ocupándose de ello. Lady Ariadna también regresará pronto.

—Ya veo... Puedes retirarte ahora.

—¡Sí!

Cuando Olna terminó su frase, el soldado se apresuró a alejarse.

Después de observar su figura retirándose por un momento, la chica giró la mirada hacia un lado.

El castillo real en la cima de la colina proporcionaba un punto de vista elevado. Incluso en la oscuridad, la ciudad castillo, iluminada por antorchas, era claramente visible.

Apoyándose contra uno de los gruesos pilares que sostenían el techo, Olna se quedó de pie, observando el distrito sur, donde las luces seguían titilando.



—¡Woaaaaaah!

—¡Maldición!

La punta de la espada se acercaba.



Con un golpe despiadado dirigido a castigar a los intrusos, Argonauta se lanzó al suelo, evitándolo por poco.

Mientras caía torpemente, de paso, clavó un cuchillo en la rodilla del soldado.

—¿¡Guah!?

—¡Huff, huff...! ¡Feena, ve al norte! ¡Al norte!

Apuntó a la articulación desprotegida —la «juntura» para garantizar la movilidad de la articulación—, el soldado colapsó.

Este fue el movimiento Final para romper el cerco. Aunque las voces que gritaban para capturarlos continuaban resonando a su alrededor, no había más soldados cerca.

Argonauta, rápidamente poniéndose de pie, dio instrucciones mientras recuperaba el aliento.

—¡Los refuerzos son escasos! ¡La defensa es débil allí solamente!

—¡De-de acuerdo!

Feena, que había estado protegiendo a Aria, asintió, lista para seguir su precisa evaluación de la situación, pero...

—¿A dónde creen que van?

—¡Ah, ustedes...!

—¡Los «Candidatos a Héroe» humanos!

Tanto Feena como Argonauta exclamaron sorprendidos al ver a los cuatro humanos parados frente a ellos.

—¡Así que la princesa realmente está aquí!

—¡Maldito, Argonauta... nos engañaste!

—.....

Ante las diversas reacciones de los humanos —algunos encantados de ver a la hermosa chica rubia, otros furiosos por ser engañados—, Argonauta hizo una mueca.

Qué momento tan inoportuno.

No, fue su propio error, el resultado de no sacar inmediatamente a Aria de la ciudad, lo que tuvo que admitir.

—No se burlen de nosotros... ¡antes de que los soldados nos golpeen, vamos a por él!

—...¡Maldición!

La colisión era inevitable.

Tomando una decisión inmediata, Argonauta corrió hacia adelante.

Pensando que estaban jugando y usándolo, pero dándose cuenta de que eran ellos los que estaban siendo engañados, la humillación solo alimentaba su determinación. Naturalmente, el objetivo de los hombres ahora era el Payaso.

Anticipándolo, Argonauta se lanzó al ataque.

Concentró la ira y los ataques hacia sí mismo, soportándolos solo una vez.

Eso era todo lo que Argonauta necesitaba hacer. Así que bloqueó los golpes de espada, hachas de mano, puñetazos y patadas que volaban hacia él, siendo golpeado y lanzado de una manera espectacular.

Después de eso, todo lo que quedaba era que Feena lanzara su magia al recitar rápidamente el hechizo, antes de que pudieran detener a Argonauta.

—¡«Ráfaga de Viento»!

—¡¡Ugaaaaaaah!! —gritaron los hombres que habían estado atacando a Argonauta.

Era como una repetición de la «Ceremonia de Selección» que había tenido lugar en el patio del castillo real durante el día.

Mientras el hermano actuaba como señuelo, la hermana preparaba y desataba el fuego de lo que parecía un cañón mágico.

Una vez más, los «Candidatos a Héroe» que habían sido manipulados por el comportamiento del payaso fueron arrojados contra las paredes del callejón por el poderoso viento.

—¡¿Gahaa...!? ¡Maldición, ustedes...!

—¡.....! Hermano, date prisa, sigue adelante...

Mientras los «Candidatos a Héroe» yacían en el suelo, llenos de furia, Feena, incapaz de ocultar su angustia, aún intentaba apresurarlo fuera del cerco.

Pero entonces, una «melodía» comenzó a sonar.

—¿Eso... fue el sonido de un arpa?

Una melodía grácil, conmovedora, como si fuera observada por la luna oculta entre las nubes.

—...Debe ser obra de algún juglar bromista que ha elegido ser espectador desde lo alto.

Regresando a Feena, que había dejado de moverse, fue la voz de un hombre.

Feena se dio la vuelta sorprendida, y desde las profundidades de un oscuro rincón del laberinto de callejones traseros, apareció un hombre lobo con cabello color ceniza.

—Vaya, realmente había aquí unos tontos bromistas.

—¡¡Yuri!!

La sorpresa no solo estaba en la chica.

—¡Guerrero Enano, Garms...!

Frente a Argonauta y Aria, quienes la precedían, un guerrero Enano empuñando un gran martillo de guerra se interpuso en su camino.

—¿Qué están haciendo, tarados? ¿Qué acaso la orden no era recuperar a la princesa? ¿Por qué están haciendo todo lo contrario? — Mientras los hermanos se encontraban atrapados entre dos bandos, Yuri confrontaba a Feena, mirándola fijamente—. Además, incluso

han derribado a soldados del castillo... ¿Acaso están siquiera en su sano juicio?

—¡Po-por favor escucha, Yuri! ¡La princesa está en problemas! ¡Por eso queríamos ayudarla...!

—¿Y cuál es la razón?

—¿Eh?

—¿Cuál es la razón por la que está en problemas?

Presionada con tal pregunta, Feena luchaba por encontrar palabras.

Los hermanos, que apenas la habían conocido, no habían escuchado sobre la situación de la chica. La expresión angustiada de Aria y las circunstancias que la rodeaban no lo permitían.

—E-es que... No lo sé... ¡Pero ella realmente está en problemas! ¡Así que, por favor, ayúdanos!

—¿Ayudarlos? ¿Están pidiendo ayuda? ¡Qué par de hermanos más desvergonzados!

En ese momento, las cejas de Yuri se alzaron en ira. Los hombros de Feena dieron un respingo ante su voz inesperadamente fuerte.

—Ayudar sin entender la situación, luchar sin razón. ¡Ese comportamiento no es diferente al de niños ignorantes!

—.....

—¿Cómo pueden pedirme que les ayude con algo así? ¿Por qué debería su autocomplacencia ser comparada con mi deber? ¡Esto va más allá de la idiotez!

Por el bien de su tribu, Yuri debía convertirse en un «héroe» en esta tierra a toda costa. No podía cooperar con Feena y su tonto hermano al abandonar ese objetivo. Sus posiciones eran demasiado diferentes para hacerlo. Yuri miró fijamente a la chica medioelfa, quien no pudo replicar, luego frunció el ceño pronto y habló con una mirada de dolor en sus ojos.

—...Más que nada, es demasiado tarde. Incluso si los ayudáramos, ustedes...

Escuchando la conversación entre Yuri y Feena desplegarse detrás de él, Argonauta se enfrentó a Garms ante él, empapado en sudor.

—¿Qué estás haciendo, payaso?

—...Bueno, ¿cómo se ve? ¿Es una escapatoria, o tal vez una fuga, o quizás sirviendo a una caballería perdida hace mucho tiempo?

La máscara del payaso, tratando de no revelar ninguna incomodidad, permanecía intacta. Hizo una broma y sonrió.

—Por favor, usa esos ojos claros tuyos para juzgarlo.

—¿Estás tratando de engañarme con tu juego de palabras habitual? ¿O quizás es que te has vuelto loco por la belleza de la princesa? —La mirada de Garms se desvió de la espalda de Argonauta a Aria, protegida por la espalda de Feena—. En ese caso, esa mujer debe ser verdaderamente una bruja.

—..... —Aria bajó la mirada como si estuviera siendo castigada por la crítica directa de Garms.

Inmediatamente, Argonauta desplegó su capa, protegiendo a la chica con su espalda, y desvió la mirada de Garms lejos de Aria.

—Detente, poderoso guerrero enano. En cualquier época, la tontería no está en las mujeres sino en los hombres. ¿No es así?

—...No puedo entenderte, humano tonto. Un momento pareces un perdedor patético, al siguiente estás protegiendo a una chica herida.

Fue la primera vez que la expresión de Garms cambió.

De la de un guerrero a la de un anciano conteniendo un suspiro.

O tal vez la de un caballero contemplando si alabar o condenar.

—¿Eres un payaso, un guerrero... o algo completamente diferente?

—Quiero ser un «héroe». Tal es mi deseo.

—Es imposible para ti.

—.....

Sin embargo, el guerrero enano no mostró misericordia.

Enfrentó la realidad y dijo lo que debía ser dicho como un golpe de misericordia.

—Mira a tu alrededor. Ya estás atrapado.

Incluso en el callejón, el espacio abierto se llenaba rápidamente de figuras además de Garms y su grupo.

Soldados formando un bloqueo.

El oficial al mando supervisándolos.

Y, lo más notable, una asesina al acecho en los tejados de edificios altos al fondo del callejón, como una cuchilla de guillotina lista para caer.

Si no fuera por Garms y Yuri interponiéndose en su camino, Argonauta y los demás habrían sido atrapados. Al darse cuenta de este hecho, el chico de cabello blanco apretó la carne de su garganta como si estuviera apretando su tráquea.

Los otros «Candidatos a Héroe» heridos también se sumaron al bloqueo.

Estaban a punto de ser atrapados, tal como había dicho Garms.

—¡Urgh...!

—Soy un guerrero enano... Pensar no es lo mío. Pero es insoportable que unos ojos de fuerte voluntad sean aplastados por meros soldados que solo siguen órdenes u hombres insignificantes impulsados por la codicia.

Garms, como Yuri, también tenía una «misión» que le impulsaba.

Pero incluso sin esa misión, detestaba la idea de que las vidas frente a él se convirtieran en presas para la escoria.

—Si van a ser humillados, entonces yo seré quién los derribe. Los romperé. Eso es lo menos que un guerrero puede hacer por lástima. —Levantó las cejas y agarró su hacha de guerra con ambas manos—. Prepárate, Argonauta. Débil humano, pero de voluntad fuerte.

—¡¡.....!!

Cuando los ojos de Argonauta se encontraron con los de Yuri, quien también se estaba preparando, Feena jadeó.

—Un hombre y una mujer se encontraron en una tierra extranjera. El hombre representa las lágrimas invisibles de una bella doncella, empuñando una espada delgada y frágil.

El sonido del arpa cesó.

En el tejado que dominaba a Argonauta y sus compañeros.

El juglar elfo tocaba lentamente las cuerdas en su mano, tranquila y calmadamente.

—¿Tu corazón arde con el deber, el deseo o tal vez un deseo inapropiado?

Pronunciado como un narrador de una obra, las letras eran un poema dedicado a cierto hombre.

—Lamentablemente, aunque su voz es noble, su figura valiente, sus ojos solo fervorosos.

No había audiencia, no había monedas que ganar, solo una canción destinada a ser escuchada por el cielo estrellado solo, como una canción de cuna, pero cambió de tono allí.

—Ah, pero tristemente, no puede salvar ni siquiera a una mujer.

El arpa también parecía lamentarse.

—Porque él es Argonauta. No un «héroe», sino un simple «Payaso»... —Con los ojos cerrados, Ryuulu cantaba, transmitiendo tanto lástima como la cruda verdad—. Lejos de ser un «romance heroico», seguramente es una miserable «comedia»...





Un momento.

Era el momento en que Argonauta y su hermana podían resistir frente a guerreros que no permitían trucos.

El joven fue atrapado por el masivo martillo que no dejaba pasar ni siquiera el filo de un cuchillo y fue lanzado lejos.

La chica fue rápidamente rodeada por las piernas del hombre bestia que no le dieron tiempo para lanzar un hechizo, y su vara fue apartada en un instante.

—Her... mano...

Feena fue la primera en caer.

Agitada fuertemente por la palma de Yuri mientras bajaba la mirada, cayó de rodillas en el suelo.

—¿¡Gah, haa...!?

Inmediatamente después fue Argonauta.

Presionado contra la pared por la mano del inexpresivo Garms, se derrumbó en el suelo, con el aire expulsado de sus pulmones.

—¡Ar! —Aria intentó correr hacia Argonauta, pero fue bloqueada por una figura que descendió desde arriba.

—Princesa Ariadna... la farsa ha terminado.

—¡Elmina...!

—El rey está esperando. Con estos hombres sedientos de sangre, el chico ya no puede protegerle.

—¡.....!

La mirada indiferente de la amazona atravesó a Aria.

Mientras Aria vacilaba, el cabello blanco se movía.

Con los brazos temblorosos, se levantó del suelo, con una sonrisa en el rostro.

—Princesa... ah, espera un momento... sí, se me ocurrió un buen plan... ¡Me desnudaré y empezaré a bailar...! ¡Desviaré la atención de todos...! Así que, tú corre...

—¡Ar...!

El cuerpo de Argonauta estaba cubierto de heridas.

A pesar de soportar ser arrastrado de nuevo al suelo, repitió palabras y acciones ridículas contrarias a su cuerpo golpeado.

Los ojos como joyas de la chica se humedecieron ante el tonto y patético payaso.

...Ah, por favor, no llores.

...Por favor, sonríe para mí.

...Al verme tan tonto, por favor...

—Maten a ese hombre ridículo. También maten a la medioelfa. Los «Candidatos a Héroe» traidores no son necesarios.

La otra mujer, con sus ojos fríos e impasibles, ni siquiera esbozó una sonrisa mientras daba órdenes fríamente.

—Háganlo.

—¡A la orden! —dijeron los soldados.

Justo cuando los soldados estaban a punto de clavar sus espadas y lanzas en los hermanos humano y medioelfa...

—...¡Deténganse en este mismo momento!

—¡¡!! —todos los soldados se sorprendieron.

No era solo una voz fuerte; era un mandato imbuido con la autoridad real que salía de la boca de la chica.

No solo los soldados se intimidaron, sino incluso Garms y Yuri, que intentaban detener sus mortales cuchillas, e incluso Elmina misma, quedaron asombrados.

—De la estimada familia real de Lakrios, su linaje... la princesa Ariadna se los ordena.

Los más sorprendidos por la transformación de la chica fueron Argonauta y Feena.

Mientras la medioelfa levantaba el rostro del suelo, Argonauta, goteando sangre desde el mentón, miraba con asombro el repentino cambio de atmósfera que rodeaba a la chica de la «familia real».

—Por la presente me rindo y prometo todo mi ser al rey. A cambio, perdonen y liberen a estos dos.

—¿Princesa?!

Ignorando la incredulidad de Argonauta, Aria... Ariadna, ordenó a los soldados y a Elmina, mirándolos directamente a los ojos.

—No es necesario que la escuchen. Llévensela y desháganse de ellos. Eso es todo.

Probablemente se anticipó que Elmina respondería de esa manera.

Sin dudarlo, la princesa tomó una daga corta de su pecho y la presionó contra su delgado cuello.

—Entonces terminaré mi propia vida aquí.

—¡.....!

Los ojos de Elmina se abrieron por primera vez.

Garms, Yuri, Feena, todos compartieron el shock.

No había falsedad en sus palabras. Cuando el peligro se acercaba a Argonauta y los demás, Ariadna había tomado la decisión de sacrificarse a sí misma. La princesa resuelta, no importaba lo rápido que se moviera la amazona, atravesaría su propia garganta.

Las gotas de sangre que surgieron de la herida superficial eran prueba de su determinación, forzando a la asesina cruel y despiadada a negociar de mala gana.

—No sería aceptable que terminaran llevando un «cadáver», ¿verdad?

—.....

El silencio se prolongó.

La amazona, incapaz de encontrar una oportunidad para recuperar su posición hasta el Final, cedió ante esa autoridad real.

—Entendido. Se cumplirá tu deseo.

Se emitió una breve orden de retirada.

Los soldados se retiraron, envainando sus armas y desmantelando el cerco que servía como prisión. Solo el capitán y algunas unidades, junto con Elmina, permanecieron en retaguardia.

En medio de la secuencia de eventos, Yuri y los otros «Candidatos a Héroe» guardaron silencio, mientras la chica medioelfo, ya con lágrimas en los ojos, lograba levantarse de alguna manera. Ariadna se dirigió directamente a Argonauta, que estaba de rodillas en el suelo.

—Ar... no, Argonauta. Lo siento por arrastrarte con mi egoísmo.

—¡Princesa... qué...!

—Fue como un «sueño» de lo más placentero.

Argonauta apenas pudo articular un gemido de palabras.

Viendo al joven maltrecho ante ella, Ariadna cerró los ojos.

—Gracias a este «sueño» que vi hoy, he sido salvada... gracias a ti, he tomado una decisión...

Argonauta tuvo un presentimiento ominoso.

Era una profecía que se acercaba, una determinación inevitable de la chica.

—Si uno es igual a cien... entonces yo, que salvé a uno, también...

—¡Princesa... no, no digas más! ¡No digas lo que viene después de eso!

Argonauta no sabía nada sobre la chica frente a él. No tenía idea de con qué luchaba, qué maldecía o de qué se lamentaba. No podía saber qué «destino» pesaba tanto sobre sus delgados hombros. Pero había visto esos profundos ojos carmesí.

La ilusión llamada «destino» que la ataba sin piedad.

—¡Estás sacrificando uno por el bien de cien! ¡Y tampoco debes estar incluida en esos cien! ¡Por favor, no me hagas un hombre miserable!

Tenía que corregir el malentendido de la chica. Tenía que negar su desesperada resolución. Porque lo que Argonauta quería no estaba allí.

—Gracias, Argonauta... y adiós.

La sonrisa que quería ver allí nunca estuvo destinada a estar adornada con lágrimas.

—Me alegra haber conocido a alguien como tú. —Lágrimas surcaban las mejillas de la chica que sonreía por primera vez.

Su pecho parecía que iba a estallar.

Una lanza de agonía atravesó el estómago y espalda del chico.

Desde las ardientes profundidades del dolor y la indignación, dejó escapar un grito dolorosamente agudo.

—No... ¡No! ¡No te ayudé para ver una sonrisa así! —Maldiciendo sus rodillas que no se levantaban, la sangre fluía de sus dedos, fuera de su alcance.

Arrancando la máscara de Payaso, el hombre aulló.

—¡No sonrías así, Aria!

No hubo palabras en respuesta.

En su lugar, las estrellas desviaron su mirada.

La sonrisa de la chica fue oscurecida por el brazo de la asesina y el muro de soldados, desvaneciéndose en la distancia.

Lo que quedó fue un fugaz silencio y los ojos que observaban a la distancia del hombre insensato, el enano, el hombre bestia y la medioelfa.





—...¡Maldición!

—Hermano...

Mientras la silueta de la chica se desvanecía en la oscuridad de la noche, la mano extendida del hombre cayó al suelo con un fuerte golpe.

En medio de la mirada dolorosa de Feena, un grito de impotencia atravesó el cielo oscuro.

—¡Maldiciónooooooooooooooooooooooooon!